

Mensajes desde ningún lugar cercano a la tierra prometida: cómo un constructor de paz desaprendió su oficio.

John Paul Lederach

Con motivo del Premio Gittler, Universidad de Brandeis

30 de Octubre de 2019

Introducción

Gracias. Es un gran honor estar aquí, recibir su cálida bienvenida y este reconocimiento. Estoy agradecido con Brandeis y la familia Gittler. También estoy muy agradecido por mi familia, y especialmente por Wendy, mi compañera de vida y mejor amiga en este maravilloso viaje juntos.

Mi título comienza con la palabra *mensaje* y una referencia a la tierra prometida.

Con respecto a esto último, más que a una geografía concreta me refiero a nuestra capacidad, en los procesos de construcción de paz, de ofrecer, en relación al cambio profundo que deseamos fomentar, muchas más promesas que concreciones prácticas.

Los altibajos a lo largo de décadas tuvieron un impacto aún más inquietante cuando se experimentaron dentro de un vínculo profundo con las personas más afectadas por violaciones reiteradas y sostenidas.

La paradoja de las geografías de zonas de combate ha sido su capacidad para producir grandes daños e incesantes crisis diarias mientras que, al mismo tiempo, encontramos siempre a algunas de las personas más inspiradoras, creativas y compasivas que, a pesar de las dificultades, mantienen su genio para innovar en la respuesta y resistir la deshumanización. De ellos recibí una profunda honestidad y claro ejemplo, muchas veces entregados en breves mensajes, momentos que abrieron mis ojos, enriquecieron mi comprensión y me colocaron ante la necesidad de desaprender los hábitos dañinos envueltos en mi propia vocación. Este reconocimiento hoy brinda la oportunidad de visitar algunos de esos mensajes.

Una pequeña nota al margen: siempre recuerdo un sábado por la noche hace muchos años cuando me estaba preparando para una charla a la mañana siguiente. Mi hija Angie, que tenía unos cinco años en ese momento, se subió a mi regazo y me preguntó qué estaba haciendo.

"Preparando una charla", dije.

“¿Y qué dirás?”, preguntó ella.

"Voy a contar una o dos historias y luego expondré algunos puntos".

Levantó la vista y dijo: "¡Papá, solo cuenta las historias y olvida el resto!"

Buen consejo. Así que ofrezco tres mensajes desde ningún lugar cercano a la tierra prometida, y tal vez un minuto para reflexionar sobre lo que significa emprender un viaje de desaprendizaje.

Mensaje 1 - Guatemala

En la década de 1980 tuve la oportunidad de trabajar en América Central, una región que en ese momento atravesaba tres guerras civiles. Mi compromiso con los líderes de la comunidad local se centró principalmente en compartir estrategias para una respuesta no violenta al conflicto.

Al inicio me pidieron que preparara un taller que incluyera una introducción a la mediación. Una treintena de líderes comunitarios de Honduras, Salvador, Guatemala y Nicaragua participaron en esta capacitación piloto.

En mi desarrollo profesional, lo que había aprendido sobre la enseñanza de la mediación implicaba una pedagogía básica. Primero, describes el proceso y el papel de un mediador. Segundo, demuestras cómo funciona el proceso facilitado por medio de un juego de roles en vivo. Tercero, invitas a los participantes a practicar el proceso. A esto yo le había agregado una creciente preocupación sobre el contexto y la cultura, por lo que me había tomado meses para desarrollar materiales en español con estudios de casos y juegos de roles de la región, todos los cuales fueron presentados en un español fluido.

La primera parte del taller salió bien. La publicación estaba llena de buenos diagramas y pasos adecuados para un proceso de mediación.

Llegó la segunda parte, la que yo más temía. Como facilitador principal necesitaba demostrar cómo funcionaría un proceso básico de mediación. Para la demostración,

elegí un juego de roles que involucraba un conflicto familiar, uno que se había repetido en numerosos entornos en toda la región. Pedí dos voluntarios. Un hombre guatemalteco aceptó desempeñar el papel del padre y una mujer guatemalteca asumió el papel de una hija mayor.

Un poco nerviosos, saltamos al drama del conflicto. Aproximadamente una hora después, me sentí aliviado de que nada se hubiera ido demasiado lejos. Habíamos escuchado los puntos de vista y habíamos completado el desafío de identificar los problemas clave que debían explorarse y habíamos comenzado la etapa de resolución de problemas.

Nos detuvimos y abrimos los comentarios del grupo. Silencio.

Entonces un buen amigo de Honduras levantó la mano. Él no me habló a mí. Habló directamente a sus dos colegas centroamericanos que acababan de participar en el juego de roles, compartiendo solo cinco palabras que impactaron mi trabajo en las próximas décadas y, de hecho, cambiaron mi tesis doctoral.

"Ustedes dos lucen como *gringos*".

Para aquellos que no están familiarizados con la palabra *gringo*, significa norteamericano, en un sentido peyorativo.

Mientras que, en medio del taller, este mensaje se sintió como si mi mundo se hubiera derrumbado, preguntas significativas surgieron.

Todo en nuestro taller - el juego de roles, los dos participantes, el idioma – era de Centro América. Lo único que no era de la región éramos yo y el proceso que había traído.

El poeta Cummings escribió una vez: Siempre la respuesta bella que hace una pregunta aún más bella. Varias bellezas surgieron en este mensaje.

¿Cómo este proceso había convertido a dos maravillosos guatemaltecos en gringos?
¿Cómo había caído yo en los patrones largamente repetidos de un proyecto imperial?

No lo supe en ese momento, pero el desaprendizaje había comenzado. Comenzó cuando tuve el coraje de hacer una pausa, examinar los sutiles, y no tan sutiles, patrones mediante los cuales mi ayuda, incluso con la mejor de las intenciones, reprodujo el comportamiento colonial reduciendo la capacidad y la innovación local a la concreción de la ayuda externa. “Desescamar” esto requirió honestidad y transformación personal y sistémica.

Mensaje 2 - Nepal

Estábamos reunidos en el centro de capacitación agrícola de Bakhtapur, acabábamos de regresar de almorzar cuando una voz comenzó a cantar y hacer eco en la habitación con piso de cemento.

Fraseando palabras repetitivas en su Tharu natal, una historia fluyó a través de una melodía pegadiza. Entonces, de repente, su voz se quebró, las palabras se atascaron en algún lugar de su garganta. Nuestros ojos miran los suyos, esperando lágrimas. En unos segundos, siguió, nuevamente, con su melodía solo para quebrarse una y otra vez.

Balluji Chaudary, hijo de esclavos de tercera generación, tenía veintitrés años. A los dieciséis años, él y su comunidad Kamaiya fueron liberados de la esclavitud. Más tarde, tradujo y explicó su canción. En las secciones melódicas, la letra retrata los sentimientos que tenían en la noche en que fueron liberados. Y en los sollozos, su voz ahogaba el hecho de que con unas pocas cosas en sus espaldas, en medio de la lluvia torrencial, no tenían a dónde ir a vivir y nada para comer.

Años más tarde, navegando entre su comunidad de ex esclavos sin tierra y grupos locales usuarios de bosques que a veces veían a esa comunidad como invasores, Balluji se convirtió en un recurso invaluable en un nuevo enfoque de abordaje de los conflictos por la tierra, el agua y los bosques que plagaron muchas partes de las zonas rurales de Nepal durante y después de la guerra civil. Su enfoque se basaba en pequeños equipos “araña”, personas que individualmente pertenecían a uno u otro lado del conflicto, pero que viajaban juntas para sentarse y escuchar a todas las partes en la búsqueda de unir un entendimiento y proceso común para el diálogo, en lugar de la violencia.

En una de nuestras sesiones, Balluji trajo un problema que estaba enfrentando.

No estoy seguro de cómo lidiar con la presión, dijo. Mi comunidad de origen viene a mí todo el tiempo y dice Ballu, tienes que defendernos de ellos. Pero la comunidad forestal con la que trabajo me dice Ballu, usted está con nosotros, tiene que defendernos de ellos. Ahora no sé qué hacer. ¿Quién soy? ¿Estoy con mi comunidad de origen? ¿Estoy con el grupo de la comunidad forestal? ¿Soy un don nadie sin nada que creer o decir?

A partir de ahí, nos referimos a su pregunta como el dilema de Ballu.

Resulta que Ballu había puesto su corazón en el desafío central cuando las personas involucradas en el conflicto se enzarzan en una polarización cruel sin renunciar a las relaciones. Su hermosa pregunta era suficientemente simple. Me detuve cuando me di cuenta de que Ballu acababa de plantear una pregunta para la zona rural de Nepal que siempre había estado presente pero que se actualizaba con una fuerza extraordinaria en nuestro sueño americano. Esa indagación probó estar más allá del proceso y las habilidades. Abrió el paisaje del coraje y la presencia.

En entornos de divisiones profundas, ¿qué cualidades de carácter, qué fuerza de espíritu se necesita para mantener relaciones dignas frente a los miedos y las demandas partidarias? ¿Qué fuentes de coraje y compasión alimentan el cambio hacia un liderazgo al servicio del todo?

Mi desaprendizaje me apartó lejos de la experiencia profesional y se encuadró en un desafío sobre el que el Nepal rural tenía mucho que enseñarme, acerca de cómo aparecer diferente en medio de un conflicto propenso a la violencia cuando uno mismo es parte de un desastre en llamas

.

¿Y quiénes de nosotros no lo somos?

Mensaje 3 - Nicaragua

Tres de nosotros nos sentamos a la sombra de una veranda en un restaurante en Managua, Nicaragua. En algún momento a mediados de la década de 1990, luego de dos décadas de guerras, acuerdos y transiciones, nos reunimos para discutir la difícil situación de los ex combatientes.

De los dos colegas, ella había transitado por dentro la revolución sandinista; y él, como joven soldado, la “contra” resistencia.

A aquellos que firmaron los acuerdos y lideraron a las tropas les había ido bien, política y económicamente, en el camino lleno de baches desde la guerra hacia la paz.

Aquellos que portaban armas, tropas de menor rango, descubrieron que las promesas escritas tenían pocas recompensas.

Si bien dicen que la esperanza no es una estrategia, yo he constatado siempre que la desesperanza hace proliferar una familia de niños con nombres de guerra: Traición. Amargura. Cinismo. Indignación. Resentimiento. Furia justiciera.

Mis dos amigos expresaron lo mismo mientras atravesaban su larga lista de quejas y desafíos que enfrentaban con su incipiente movimiento para acompañar a ex combatientes que apenas sobrevivían a la paz. Muchos estaban regresando a las armas y parecía que muy pocas de sus preocupaciones centrales que los devolvían a la violencia, si es que alguna, tenía remedio inmediato.

En la batalla entre dignidad y desesperación, la desesperanza estaba ganando.

¿Cómo mantienes viva la esperanza? Recuerdo haber preguntado.

Sin pausa, el ex niño-soldado, que quizás había cumplido 25 años, dejó caer su tenedor, cerró los ojos y recitó un poema de Eduardo Galeano que nunca había escuchado:
Nosotros

*Tenemos la alegría de nuestras alegrías
Y también tenemos
La alegría de nuestros dolores
Porque no nos interesa la vida indolora
Que la civilización del consumo
Vende en los supermercados
Y estamos orgullosos
Del precio de tanto dolor
Que por tanto amor pagamos.*

*Nosotros
Tenemos la alegría de nuestros errores,*

*Tropezones que muestran la pasión
De andar y el amor al camino,
Tenemos la alegría de nuestras derrotas
Porque la lucha
Por la justicia y la belleza
Valen la pena también cuando se pierde
Y sobre todo tenemos
La alegría de nuestras esperanzas
En plena moda del desencanto,
Cuando el desencanto se ha convertido
En artículo de consumo masivo y universal.*

*Nosotros
Seguimos creyendo
En los asombrosos poderes
Del abrazo humano
Volví a casa al anochecer
Y lo encontré como lo había dejado:
Jaula adentro,
Pegado a los barrotes,
Temblando del susto de la libertad.*

Recuerdo este momento no solo porque me presentó un poema brillante o porque me sentí transformado, disfrutando de la presencia de este joven poeta en ascenso. Lo recuerdo porque esto marcó el momento en que la poesía regresó a mi construcción de la paz.

Dejó otra inquietante y hermosa pregunta.

¿Cómo había dejado que la búsqueda académica y la vida profesional me quitaran la poesía?

El desaprendizaje reveló un punto ciego que me ha llevado años comprender completamente. La construcción de la paz no es principalmente un trabajo de ingeniería social. Es un proceso artístico que debe abrir una y otra vez lo que se sabe pero no se ve y traer a la vida aquello que aún no existe. El alma del artista se sienta en el centro, no en la periferia del cambio social.

Pausa para desaprender

Mensajes como estos crean una pausa vocacional. Un momento en que surge algo con tanta fuerza de comprensión que nos encontramos deteniéndonos y haciendo grandes preguntas.

¿Quiénes somos?

¿A dónde vamos?

Y en palabras de la poeta Mary Oliver, ¿qué estamos haciendo con nuestra única vida salvaje y preciosa?

Un buen mensaje siempre conectará la biografía personal con un patrón sistémico. Aunque no siempre sean fáciles de entrelazar.

Tendemos a privilegiar aquello que se ve. Principalmente imaginamos el complejo ecosistema de conflictos perversos y a la construcción de la paz como un problema externo. Lo observamos y analizamos por ahí. Hablamos de intervenir por una buena causa.

Sin embargo, en última instancia, lo sistémico se replica en un entramado de dinámicas, patrones y formas construidas por el ser humano para organizar nuestras relaciones. Cómo percibimos estos patrones y construimos significado sobre ellos, la forma en que participamos, aprovechamos las fuentes de las cuales surgen el coraje, la creatividad y la compasión sostenida que podrían cambiar el daño en la dinámica repetida, todo esto se mueve constantemente entre nuestros mundos interno y externo.

Curiosamente, de los muchos "márgenes lejanos" que buscamos en el logro de la paz, para usar la extraordinaria frase de Seamus Heaney en *The Cure of Troy*, el margen interior sigue siendo el menos explorado y cultivado en la construcción de la paz.

Me tomó tiempo apreciar la pausa vocacional, comprender que estas entregas traían un mensaje que necesitaba dejar en remojo hasta el tuétano. Mis tendencias eran apresurarme hacia la respuesta y la experiencia, para ocultar cualquier posible implicación personal, o para ponerme a la defensiva y evadir cuando la pausa golpeaba la puerta.

Estas tendencias fueron una gran parte del desaprendizaje, precisamente porque el desaprendizaje abre un frágil puente entre el mundo interno y el externo. Es una especie de puente inefable, nada fácil de ver. De hecho, la mayoría de las veces debes escuchar este puente, escuchar como San Benito sugirió, con el oído del corazón. Las únicas guías para hacerlo parecen ser el coraje de mantenerse abiertos y aferrarse a una humildad imperturbable.

Supongo que es extraño que un profesor emérito que recibe un prestigioso premio en una distinguida universidad nacional presente un caso de desaprendizaje.

Si buscamos desentrañar los hábitos sistémicos alojados en los paradigmas dominantes y privilegiados, a través de los cuales hemos replicado el mismo daño que buscamos transformar, si ya no queremos invisibilizar la sabiduría profunda que se encuentra localmente en la transformación de conflictos prolongados, si queremos cambiar la forma en que ha funcionado la ayuda externa, como forma de control y disminuyendo el espíritu humano, si buscamos liberar la creatividad necesaria para un cambio duradero, necesitaremos desaprender hábitos que no vemos.

El desaprendizaje no se enseña comúnmente en nuestras escuelas y universidades.

Quizás porque la organización del aprendizaje formal privilegia tradicionalmente el dominio del conocimiento, el método y el análisis, todos objetivos loables. Y notablemente, todas prácticas fácilmente descarnadas de la industria de la paz.

El desaprendizaje privilegiará algo más básico, aunque menos visible: la maestría de ser humanos unos con otros.

Algunos argumentarán que no desaprendemos. Evolucionamos hacia un nuevo aprendizaje. Hay verdad en esa declaración.

También hallé verdad en esto. En las geografías de la violencia, mis hábitos profesionales, con demasiada frecuencia, omitían las dinámicas menos visibles del control, el poder y superioridad. No abordar estos patrones contribuyó al daño, al abismo indescriptible de la deshumanización.

Desaprender lo que conduce al entumecimiento del espíritu humano y a la deshumanización requiere un desprendimiento. Requerirá el coraje de investigar lo que James Baldwin tituló correctamente en uno de sus últimos libros, “la evidencia de cosas que no se han visto”, incluso cuando el desprendimiento arroja luz sobre lo que usted considera más sagrado e implica una mirada cuidadosa a la integridad y la responsabilidad.

En última instancia, en los paisajes de conflicto y división profundos, no seremos conocidos por lo que dijimos o prometimos, ni por los productos y resultados que entregamos. Seremos conocidos por la calidad de nuestra presencia y la calidad de las relaciones que cultivamos.

Conclusión

Como conclusión, esto es lo que he estado aprendiendo sobre el desaprendizaje.

Busque y escuche un buen mensaje. Suele sacudir el alma. La mayoría de las veces llega con una simplicidad poética. A veces puede tomar un año o una década darse cuenta. Así que escuchen atentamente cuando la gente hable desde su experiencia y el dolor por la cercanía al daño.

Desaprender nunca me demandó abandonar lo que ya sabía.

Desaprender me pidió que me diera cuenta cómo lo que ya sabía se encarnaba y contribuía, o no, a la dignidad y a la celebración de la belleza y la justicia.

Desaprender entiende que ser humano significa ser humano en una relación. La consolidación de la paz sigue siendo una aventura total imbuida en las relaciones, unida a la perfección en los sistemas históricos que hemos forjado juntos. Y lo que hemos forjado frecuentemente ha tomado la forma de relaciones indignas caracterizadas por la inequidad, la desigualdad y la separación que necesitarán ser desentrañadas y reconstituidas.

Extrañamente, el antónimo de desaprender es no aprender. Es arrogancia.

Arrogancia: la cualidad encarnada de superioridad, a menudo cegada por el derecho, el privilegio y el sentido de mejor bondad.

El desaprendizaje emerge en el lugar donde se encuentran el respeto y la humildad.

La palabra inglesa respeto tiene sus raíces en el verbo latino *specere*, para mirar, del cual también derivamos la palabra espectador.

Respeto: el fomento de la dignidad humana que involucra detenerse, darse cuenta, girar y mirar de nuevo.

El respeto, o *re-specere*, se despliega solo cuando miramos y luego tenemos el coraje de hacer una pausa, girar y mirar de nuevo lo que pensamos que sabíamos.

El respeto solo puede elevarse con una dosis terrenal de humildad, con el sostén de un suelo sagrada que explora lo que aún no se conoce, lo que no es tan visible en los patrones sistémicos y el misterio del otro, incluso los que tememos y no entendemos.

Y aquí está la cosa: el respeto y la humildad abren un camino hacia la rehumanización. Mi corrector ortográfico dice que esta palabra no existe.

Me ha sorprendido que los diccionarios en todos los idiomas nos den definiciones robustas del término deshumanización.

No puedo encontrar ninguna definición para el concepto de rehumanización.

Pero, ¿cómo verbalizamos nuestro camino de regreso de actos y siglos repetidos de deshumanización estructurada?

Tal vez podríamos aprender de dos maestros del desaprendizaje. Recientemente escuché una docena de grabaciones de audio de Martin Luther King Jr. Encontré tres cosas que parecía repetir mientras sus discursos dirigían el movimiento.

Siempre apelaba a la *feroz urgencia del ahora*.

Casi al mismo tiempo, apuntaba a la persistencia, *el arco del universo moral es largo*, decía, *pero se inclina hacia la justicia*.

Y entre estas dos presiones temporales volvía una y otra vez a una sola palabra: *inextricable*.

Lo empleó como adjetivo: estamos inextricablemente unidos, atados tan apretados como el futuro compartido en el que vivirán nuestros hijos.

El segundo, una historia que recuerdo a menudo de Víctor Frankl y sus últimos días en el campo de concentración del que de alguna manera sobrevivió.

Llegó el día en el que de repente los guardias se fueron y se abrieron las puertas de la prisión. Cuenta que él y otros procedieron con cautela, sin saber a dónde ir o qué hacer, mirando primero y luego caminando hacia el otro lado, afuera hacia el campo. Pero él relata que no podía ver el campo o las flores, "no teníamos ningún sentimiento sobre ellos", fueron sus palabras exactas. No hubo color. Inseguro, regresó y volvió a entrar al campamento.

Al día siguiente, con las puertas aún abiertas, se fue de nuevo. De repente, casi como un rayo, notó el "prado de flores", escuchó el canto de los pájaros de las alondras. Relata que se recostó en ese campo durante horas.

Algo en estas vidas habla de la rehumanización, del lugar y la vitalidad de la belleza y la resistencia cuando la violencia y el daño nos han adormecido el alma.

Creo que es lo que sentí en la mesa en Managua con un poeta joven siguiendo el accidentado camino de la esperanza. Es lo que intuí en ese clamor de honestidad sobre que algo demasiado gringo había reaparecido. Es lo que absorbió todo mi cuerpo en el recuerdo de esa melodía de libertad y desesperación de Ballu y su búsqueda de liderar en medio de la lucha.

A través de este frágil puente y de regreso, he seguido los mensajes de desaprendizaje. Han abierto mundos completamente nuevos.

Gracias de nuevo. Y que continúen siendo un gran lugar de aprendizaje infundido con el coraje de desaprender y desatar el espíritu humano en relaciones de dignidad.

Traducción: Guillermina Arrazubieta y Ana Cabria Mellace. Fundación Cambio Democrático, 2019.